

DEBATES

Entrevista: Hernán Dobry

“Sólo un puñado defendió la vida”



En su reciente libro “Los judíos y la dictadura”, el periodista indaga en los medios de la colectividad y en otros sobre la represión sufrida por integrantes de la comunidad local.

CARLOS TORRENCO
carlostorrenco@hotmail.com

Los relatos de quienes lo frecuentaron en los últimos años de su vida coinciden. En silla de ruedas, con más de 80 años en la mochila y lengua pesada, Albano Harguindeguy machacaba casi soñoliento: “Nos mató la impunidad, nos mató la impunidad...”. Ya no era aquel general arrogante y de verbo excluyente. Ministro del Interior de la dictadura. Pontificador de lo absoluto. Era un anciano procesado por violaciones a los derechos humanos. Pero,

aun en la decrepitud, acertaba en el diagnóstico. Porque la dictadura se suicidó en su propio caldo: el que alimentó convencida de que se podía torturar, violar, robar chicos, asesinar y desaparecer gente sin que los días por venir le pidieran rendir cuentas. Pero ante esa impunidad que tarde percibió el arrogante Harguindeguy hubo argentinos –pocos, es cierto– que desde el inicio clavaron una pica en Flandes de cara al poder militar. El reciente libro de Hernán Dobry “Los judíos y la dictadura” habla de judíos argentinos que descollaron en defensa de la vida en aquel tiempo cruel.

—Ése es el caso del periodista

Hernán Schiller y “Nueva Presencia”, el periódico que dirigió durante la dictadura y por varios años más. Mi libro cuenta la historia, la valentía de Schiller en defensa de los derechos humanos en pleno régimen militar, la denuncia permanente de lo que estaba sucediendo no sólo en relación con judíos argentinos sino con el conjunto de quienes fueron blanco de la tortura, el asesinato, la desaparición —señala Hernán Dobry a “Río Negro”.

Y acota:

(Continúa en la página 24)

(Viene de la página 23)

—El protagonismo de Schiller y “Nueva Presencia” está arrinconado en el olvido por quienes investigan la relación entre la prensa y la dictadura, a pesar de que “Nueva Presencia” llegó a tirar 20.000 ejemplares. Incluso fue combatido por franjas de las propias organizaciones judías; sectores de la DAIA, por ejemplo. La fuerza, el protagonismo que Schiller imprimía a las denuncias, molestaba, era un aguijón con visos de intolerable para los judíos argentinos que, si bien reconocían la criminalidad del régimen, buscaban no irritarlo. Incluso, como lo demuestro en el libro, hubo planos burocráticos de la DAIA que trataban muy mal a familiares que iban a buscar respaldo de la entidad para denunciar la desaparición de un hijo, un padre...

—Usted señala que Menahem Begin, primer ministro israelí durante un tramo de la dictadura, estaba alarmado por la información sobre la violación a los derechos humanos en Argentina...

—Tanto, que incluso propuso enviar buques de bandera israelí para rescatar a los judíos que vivían aquí.

—¿No le parece un diagnóstico poco ajustado a la realidad de lo ocurría?

—Bueno, eso es lo que le señalan miembros de organizaciones judías argentinas a los cuales Begin les habla de ese plan y a los cuales había convocado muy alarmado. Le dicen que la situación era muy delicada, que había represión despiadada, pero que no era para evacuar a los judíos. Entre quienes se entrevistan con Begin está el rabino Marshall Meyer, otro hombre de impecable comportamiento en defensa de la vida.

—Pero ¿cómo se explica el diagnóstico de Begin?

—Que no era el único dirigente judío alarmado. Gabriela Lotersztain, en su libro “Los judíos bajo el terror”, señala que organizaciones judías de Estados Unidos plantearon a funcionarios del Departamento de Estado la posibilidad de evacuar a judíos argentinos. ¿Cómo se explica ese grado de alarmismo? El pueblo judío tiene una historia densa en materia de persecución. Ésta puede ser una lectura. Y Begin pertenecía a una generación para la cual el Holocausto era una sangre muy cercana; él había combatido, además, contra los ingleses en Palestina para organizar el Estado de Israel, había atravesado tres guerras con el mundo árabe, en fin...

—En su libro usted vuelve sobre un tema que se ha tratado en otros trabajos sobre la dictadura y los judíos: el grado de exposición que muchos de éstos tenían debido a la profesión que ejercían. ¿Hasta dónde conjeturar sobre esto?

—No, no. No me parece que sea un espacio para la conjetura. Lo que sí dice la historia de ese tiempo es que, para reflexionar en función de explicarse el importante número de judíos detenidos, secuestrados, asesinados, desaparecidos por la dictadura, hay que computar que estaban integrados, por encima de su condición de judíos, a planos de la vida del país que eran blanco de sospecha y represión; por ejemplo, los psicólogos o quienes se dedicaban a las ciencias sociales. Y esto con independencia de la afiliación ideológica que se tuviera, que en todo caso podía implicar más deseo del régimen de reprimir. En un excelente trabajo de Joel Barromi, “Antisemitismo. Un problema universal”, publicado en Tel Aviv en 1990, se define bien cómo funcionaba esta ecuación. Dice Barromi que los judíos estaban sobrerrepresentados entre los militantes de la extrema izquierda así como en ciertas profesiones —psicólogos, sociólogos— y en ciertos grupos sociales —en la universidad—, todo un cóctel, por así decir, que la dictadura no digería... no estaba dispuesta a digerir. Una masa de protagonismo peligrosa para sus designios.

■ PERFIL

Hernán Dobry es periodista y magíster en Relaciones Internacionales por Flacso, Universidad de San Andrés y Universidad de Barcelona. Desde hace 14 años se especializa en la cobertura de mercados financieros globales. Actualmente es editor general del Sala de Inversión América, colaborador de “Perfil” y docente en la Universidad de Palermo. Fue editor de Bloomberg TV Argentina. Dedicado desde hace algo más de una década a organizar aspectos de la sociedad judía argentina, publicó un libro de singular proyección sobre el poder militar durante la dictadura: “Operación Israel. El rearme argentino durante la dictadura”. También “Los rabinos de Malvinas. La comunidad judía argentina, la guerra del Atlántico Sur y el antisemitismo” y ahora, “Los judíos y la dictadura”.

Hernán Dobry tiene 39 años.



El desconcierto del embajador

Robert Hill fue un hombre grueso. Alto. Pelado. De estilo directo. Buen humor. Enamorado de Buenos Aires. Y, en tanto diplomático, más acostumbrado a escuchar que a hablar.

Le tocó ser embajador de Estados Unidos en Argentina en un tiempo grave en la historia de nuestro país: el lapso del 74 hasta finales del 76. Fue, en consecuencia, un observador definitivamente interesado en el seguimiento de aquel proceso desbordante en sangre. Y —claro— uno de los hombres mejor informados sobre la evolución y naturaleza de la dialéctica que definía aquel tiempo.

Un muy recomendable libro publicado tiempo atrás —“Cables secretos. Operaciones políticas en la Argentina de los setenta”, de Marcos Novaro— pone de relieve vía documentos oficiales liberados por Washington la mirada de Robert Hill sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Un vacío de poder

En septiembre de 1975 —por caso—, en un informe al Departamento de Estado liderado en aquel tiempo por Henry Kissinger, el embajador señalaba que ante el deterioro de la situación política y del poder de Isabel Perón, “es probable (aunque tal vez todavía no sea inevitable) que las Fuerzas Armadas en algún punto van a tener que intervenir, quieran o no, ya sea de un modo directo o indirecto” ya que “son el único sector cohesionado que queda en pie capaz de llenar el vacío” de poder.

Hill no descartaba que en camino a llenar ese vacío los militares podían —informa a Washington— intentar “alcanzar un tipo de entendimiento con la dirigencia sindical”. Sin embargo, advertía que había intereses encontrados entre ambos bloques de poder.

“No van en el mismo sentido. Las Fuerzas Armadas estarían del lado de la austeridad económica; los sindicalistas no. Por ende hay un terreno poco sólido para un entendimiento, por lo tanto, las relaciones entre los dos sectores probablemente se parecerían más a las del período Lanusse, es decir, el sindicalismo mantenido a raya por medio de zanahorias y palos, y probablemente más de lo último que de lo primero”, escribe Hill.

Y vino el golpe. Y hubo más sangre que zanahorias.

Ahora, en el libro de Hernán Dobry “Los judíos y la dictadura” emerge nuevamente el nombre del embajador Hill. Dobry publica un informe que en septiembre de 1976 el diplomático envió a su jefe, Henry Kissinger. Le notifica de un almuerzo —el 20— mantenido con Jacobo Timerman, por entonces director de “La Opinión”, medio que, como la totalidad de la prensa argentina, había aceptado el golpe en términos de desenlace inevitable.

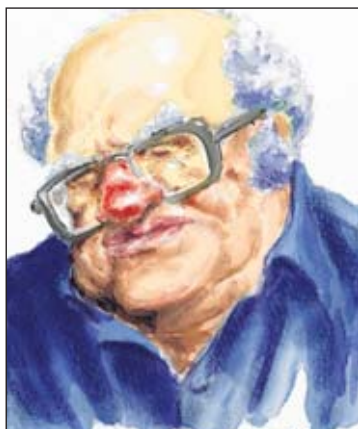
El error de Jacobo Timerman

“Sorprendentemente —dice Hill—, cuando saqué el tema del antisemitismo en la Argentina, Timerman contestó que ese problema no existía y que la preocupación sobre este, mayormente imaginario, problema es consecuencia de una reacción exagerada de las organizaciones judías en Estados Unidos. Dijo que creía que, en verdad, esa reacción era responsable en buena medida de la preocupación internacional por la cuestión de los derechos humanos en la Argentina. Dijo que si podía demostrarse que no existía antisemitismo en la Argentina, veríamos un simultáneo enfriamiento de la preocupación externa sobre otros problemas de derechos humanos, porque las organizaciones judías perderían interés en el asunto. El esfuerzo de Timerman por negar el antisemitismo en la Argentina me dejó perplejo”, confiesa el embajador Hill. Y acota: “Posiblemente el problema ha sido de algún modo agrandado por algunas organizaciones que están razonablemente preocupadas. Pero sugerir que no es un problema se da de bruces con la evidencia histórica y con los hechos concretos visibles hoy en día. Los ataques con ametralladoras a los negocios judíos y el bombardeo a sinagogas y centros cívicos judíos quizá no indiquen los inicios de un pogrom, pero ciertamente señalan que hay, repito, un problema”. Y remata Hill que, si bien el gobierno militar ha dirigido su atención a ese problema, “realmente no veo qué pretende conseguir Timerman al sugerir que es el resultado de la imaginación de alguno”.

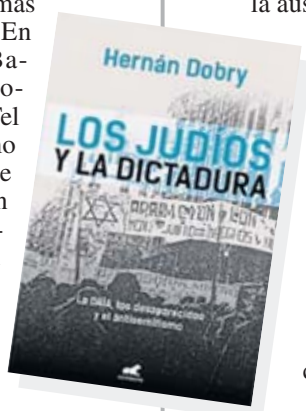
Por supuesto que Jacobo Timerman cambió de opinión. Fue ocho meses después de aquel septiembre, cuando en manos de los matarifes del general Camps fue torturado durante semanas mientras le gritaban “¡judío de mierda!”, como él mismo lo reconoce al escribir la historia de ese calvario.



Robert Hill, exembajador de EE. UU.



Jacobo Timerman, periodista secuestrado



“Sacarles el polvo a los papeles”

—Hay que sacarles el polvo a los papeles, husmear por dónde están, limpiarlos, leerlos y leerlos durante horas, días... Relacionarlos con otros papeles, cruzar sus contenidos y buscar y buscar fuentes que cuenten, que hablen. Las hay con reparos, con remilgos, con menos reparos y menos remilgos. Otras son directas. En este momento, siempre en línea a seguir escribiendo sobre la sociedad judía argentina, estoy trabajando con los archivos de la DAIA que se rescataron entre los escombros tras el atentado a la sede —señala Hernán Dobry a “Río Negro”. Y acota:

—Creo que, en relación con el número de judíos desaparecidos durante la dictadura, me he aproximado a datos que van cerrando. Pero sí, siempre está abierta la posibilidad de un dato más. En todo caso, no muda singularmente las conclusiones a las que uno se aproxima, pero hace a computarlo.

Respecto de este tema, en su “Los judíos y la dictadura. Los desaparecidos, el antisemitismo y la resistencia”, Hernán Dobry sostiene:

- Si se considera que la Conadep documentó 8.960 casos oficiales de personas desaparecidas, los judíos (en esa condición) representan el 8,86% del total. En cambio, serían el 5% si se toman los 30.000 secuestrados que reclaman los organismos de derechos humanos y las proyecciones de víctimas dentro de la colectividad.

- Ambas cifras resultan elevadas si se considera que en 1977 en la Argentina vivían aproximadamente 300.000 judíos, según el ranking anual del American Jewish Committee. Equivalen al 1% de los cerca de 20 millones de personas que habitaban el país en esos años. Además, las víctimas significaban entre el 0,26 y el 0,5% del total de la comunidad local (según la estadística que se tome).

- Según el informe elevado por la DAIA al juez español Baltasar Garzón, que —debido a que afectó a ciudadanos de su país— investigó los crímenes perpetrados por la dictadura militar, “el genocidio ocurrido en la Argentina, pese a no ser un genocidio estrictamente planificado como antijudío, afectó de muy diversas formas a la comunidad judía argentina. En un primer sentido, la comunidad judía fue afectada como parte de la comunidad argentina global: como miembros insertos en diversos sectores de la sociedad, fueron afectados en su carácter de ciudadanos argentinos”.



Numerosas personalidades de la colectividad judía acompañaron los reclamos por violaciones a los derechos humanos.

“

Si se considera que la Conadep documentó 8.960 casos oficiales de desaparecidos, los judíos representan el 8,86%. Serían el 5% si se toman los 30.000 que reclaman los organismos de derechos humanos y proyecciones de la colectividad

”

“Río Negro” y los diarios “chicos” en años de plomo

El libro de Hernán Dobry contiene cinco capítulos: “La dictadura y la prensa”, “La prensa y los desaparecidos”, “La censura y la prensa judía”, “La prensa judía y la dictadura” y “La prensa judía y los desaparecidos”. A este despliegue se suma un capítulo con la historia de “Nueva Presencia”, medio judío dirigido Herman Schiller, uno de los periodistas más críticos de la dictadura. Y que junto con el rabino Marshall Meyer se probó en coraje sin cautela en la lucha por los derechos humanos. En realidad, el libro es un homenaje permanente a la labor de Schiller y sus páginas.

En el capítulo “La dictadura y la

prensa”, Dobry reflexiona sobre los términos en que la escasa prensa que no fue cómplice de la dictadura —que fue la mayoría— buscaba la forma de no callar sobre el horror con que se reprimía toda disidencia.

“La intención del gobierno era clara: imponer el imperio del ‘de eso no se habla’ y ‘el silencio es salud’. Los diarios ‘The Washington Post’ y ‘The New York Times’ dejaron plasmado en sus páginas el clima que vivía la prensa en la Argentina. ‘Se dejó que los directores interpretaran por sí mismos las regulaciones que les decían que evitasen el sensacionalismo, la obscenidad y la violencia.

Según el orden. Habían de inducir la restauración de los valores del orden, trabajo, entrega, sinceridad y responsabilidad en el contexto de la moral cristiana y evitar la propagación de las opiniones de personas no calificadas y que carecen de autoridad para expresarse sobre cuestiones de interés público’, resaltaba el ‘Post’”.

Hernán Dobry sostiene entonces que ante este encuadre de la dictadura “los medios tenían la posibilidad de encontrar espacios para informar lo que ocurría. Estaba en cada uno buscar el camino posible para hacerlo”.

Claro está, y avalado por la historia, que el grueso de los diarios no se interesó en buscar ese camino. Incluso los grandes diarios nacionales.

No fue el caso —y también lo avala la historia— de “Río Negro”. Dobry señala que Julio Rajneri, director del medio, recuerda que “no había un criterio uniforme para la censura. Eso nos mostró que había una zona difusa que se podía explorar”. Y desde esa zona “Río Negro” no se calló.

Dobry también apela al testimonio del periodista James Neilson, por entonces columnista del diario “The Buenos Aires Herald” (de valiente actitud en la época) y hoy miembro de “Río Negro”. Y reflexiona sobre este tema el veterano periodista Robert Cox, director del mismo medio: “Los dilemas eran muchos y andando el tiempo iban a multiplicarse. La necesidad práctica de convivir con una dictadura, aceptarla o reconocerla, era evidente, pero corruptora: ¿cuántas concesiones podría hacer un periodista sin convertirse en un hipócrita cabal?”.



Robert Cox, del “Buenos Aires Herald”, un ícono de la prensa libre durante la dictadura